



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica en la globalización

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1997). Latinoamérica en la globalización. *Cuadernos Americanos*, 3(63), 11-17.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 62, (marzo-abril de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LATINOAMÉRICA EN LA GLOBALIZACIÓN

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL, UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

EN EL SUBCONTINENTE con el que tropezó Colón en 1492, ahora América Latina, se puso en marcha la más extraordinaria globalización que ha existido en la historia; la impuesta por una pequeña región del Viejo Mundo sobre la totalidad del planeta: Europa Occidental. Globalización imperial, colonizadora, que da un viraje total al final de un milenio en el siglo xx. El inesperado encuentro con el nuevo continente cambió los proyectos europeos en relación con las tierras al oriente de sus fronteras, al marchar por los mares hacia el occidente para llegar al mismo punto de partida. Ya no era un proyecto de conquista, menos aún de colonización, frente a los grandes imperios que se alzaban al oriente de sus fronteras, era un proyecto comercial y de paso el ofrecimiento de una religión que podría interesar a esa gente pagana: el cristianismo.

El tropiezo con América mostró un continente desconocido, casi vacío, especialmente al norte. Al sur con grandes culturas como la maya, la azteca y la inca, sobre las que se expanderían los iberos que había conducido Colón. En todas estas zonas eran patentes grandes extensiones vacías, abiertas a la codicia y realización de los sueños de la Europa que se desplazaba. Regiones más al alcance de sus posibilidades que los poderosos imperios de Cathay, Cipango, la India, Persia y el Islam. Grandes vacíos que podían ser llenados en su beneficio por sus descubridores. Será fácil para la expansión ibera, acostumbrada a convivir y mezclarse con razas y culturas diversas, como el Islam y con gente llegada de África, el Medio Oriente y el Mediterráneo. El vacío más absoluto, casi pleno, estará al norte, que tratará de llenar la colonización que siguió a la ibera, la de la Europa Occidental al otro lado de la Europa Mediterránea; de la Europa del Norte, del Atlántico del Norte y el Báltico.

Europa, en su conjunto, sacó a los grandes sobrantes de su población. Fernand Braudel dice: "La vieja Europa Occidental es un mundo lleno, sin vacíos, sin tierras vírgenes, en donde la relación, subsistencia y población se reequilibran cuando es necesario, por el hambre y la emigración a las lejanías". Europa, para mantenerse plena, saciada y abundante, expulsa a sus sobrantes. Iberia y la Europa Occidental lo hacen pero con otro espíritu, originando la diversa expresión del continente descubierto. Por un lado, al Sur, una región con grandes culturas cuyos habitantes podrán estar al servicio de sus conquistadores. La otra, la del Norte, con regiones inhabitadas y gente que aún no se ha asentado, nómada, imposible de poner al servicio de sus colonizadores. Para estas faenas importarán africanos en calidad de esclavos.

Más allá del continente encontrado, más al occidente, el codiciado mundo asiático y sus fabulosas riquezas a las que ahora se puede llegar por los mares, facilitando la conquista y colonización de tierras y reinos antes inaccesibles. Así se agrega, a la colonización del Nuevo Mundo, la de Asia y África. En América los colonizadores anglosajones y puritanos que huyen de la intolerancia religiosa se asientan en el norte, disputando el territorio a Francia. Más al sur del desierto, el vacío que habrá que ir llenando, expulsando a los pocos y pobres adelantados de la Nueva España, de dominios que no pueden controlar. Vacíos que han de ser llenados por gente blanca, anglosajona y puritana. Allí en donde existe alguna población, hay que expulsarla. Así, se piensa en una gran América, blanca, anglosajona y puritana.

De la América del Norte en 1776 surge una extraordinaria declaración sobre los derechos del hombre, la cual antecede a la francesa de 1789. Es la Declaración de Independencia para romper el colonialismo europeo: "Sostenemos como verdades evidentes —dice— que todos los hombres nacen iguales y que éstos poseen derechos inalienables como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad" y por ello son capaces de instituir gobiernos que garanticen estos derechos; el redactor fue Thomas Jefferson. Pero tanto él como los otros Padres de la Nación que surge, Estados Unidos, tienen esclavos africanos y procrean bastardos con mulatas, gente ajena a estos derechos. Jefferson habla igual de la ínsula de libertad que se ha formado en América: "Bondadosamente apartados por la naturaleza y el ancho océano del exterminador caos de una cuarta parte del globo, de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás, adorando a una Providencia superior

que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida, contando con todas estas bendiciones ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz?’.

En contraste, en 1815, desde Jamaica, el padre de Naciones de la otra América, Simón Bolívar, escribe: ‘Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil’. Poblado por gente de diverso origen, raza y cultura, no somos ni indios ni europeos, ‘sino una especie media, por ello nos encontramos en el caso más complicado y extraordinario’. Sería ‘una idea grandiosa —agrega— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo... En la marcha de los siglos podría encontrarse quizá una sola nación cubriendo al universo, la federal’.

Cubrir el continente y el universo mismo es también el sueño de Thomas Jefferson pero como ampliación de la propia y exclusiva ínsula de libertad y prosperidad. ‘Nuestra confederación —escribe en 1786— ha de verse como el nido desde el cual se poblará América entera, tanto la del Norte como la del Sur’. ¿No es esta pretensión una contradicción con su recomendación de no mezclar la ínsula de libertad y prosperidad con pueblos como los de la Europa de la Revolución en Francia, cuyos horrores conoció, y con los pueblos mestizos al sur del continente? No, porque no se trata de incorporar a esta gente, sino de desplazarla y extender la ínsula a lo largo del continente, sin compartir lo que la Providencia ha otorgado generosamente a quienes lo merecen. Es decir, llenar el vacío de la región al sur, como se está llenando la del norte.

Se trata de prolongar, empujar, las fronteras que protegen. Lo dice Jefferson: ‘Mas cuidémonos de creer que a este gran continente le interesa expulsar desde luego a los españoles. De momento aquellos países se encuentran en las mejores manos, que temo resultar débiles en demasía para mantenerlos sujetos hasta el momento en que nuestra población crezca lo necesario para arrebatárselos parte por parte’. En 1801 escribe a James Monroe: ‘Aunque por hoy nuestros intereses nos obliguen a permanecer sujetos a nuestras actuales fronteras, es imposible dejar de prever lo que ocurrirá en cuanto nuestra población se extienda y cubra por entero no sólo el continente al norte, sino también al sur’.

Expansión continental de la ínsula de libertad y prosperidad evitando su contaminación con gentes que no están a la altura de

la misma. Otro presidente de los Estados Unidos, John Quincy Adams, comenta las guerras que por su independencia hacen los americanos del sur: "Mientras estén luchando por su independencia —dice— les deseo éxito, mas no he visto probabilidad alguna, ni la veo todavía, de su capacidad para establecer instituciones de gobierno libre. No es posible fomentar con su ejemplo el espíritu de orden y de libertad, pues carecen de los elementos primarios para construir un gobierno de esa naturaleza. El poder arbitrario, militar y eclesiástico, ha dejado su huella en la educación, las instituciones y la disensión civil para resultarles connatural. No espero ningún resultado benéfico para nuestro país de las relaciones políticas o comerciales que podamos mantener con ellos".

Más brutalmente lo expresó el filibustero estadounidense William Walker que invade México en el Pacífico y después Centroamérica pretendiendo incorporar esas regiones a la nación que lo patrocina: "Sólo los idiotas —escribe— pueden hablar de mantener relaciones estables entre la raza americana, pura y blanca, y la raza mezclada indo-española, tal y como existe en México y Centroamérica. La historia del mundo no ofrece ejemplos de ninguna utopía en la que una raza inferior ceda pacífica y mansamente a la influencia directora de un pueblo superior".

Nada con esclavos, mestizos o salvajes. Esta gente es irredenta, lo lleva en su naturaleza. Otro presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, recibe de los pieles rojas cheroques un memorándum en 1835 en el que le suplicaban detener la orden de expulsión de sus tierras. Le dicen: "En verdad nuestra causa es la misma causa vuestra. Es la causa de la libertad y la justicia. Se basa en vuestros propios principios, porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros". Es inútil, esta gente nunca aprenderá lo suficiente para atenderlo. El presidente Jackson ordena se cumpla la expulsión.

Expandirse hacia el oeste y hacia el sur. Así se hace con la Luisiana y la Florida. En 1836, colonizadores anglosajones, al acrecentar su número en Texas, se declaran en rebeldía y contra México y luego se unen a Estados Unidos. En 1847 Estados Unidos provoca una guerra en México y se anexa Nuevo México, Arizona y California y extiende su frente hasta el Río Bravo. En 1898 se hace de las Antillas desalojando a España, al igual que de las Filipinas. Con las dos grandes guerras mundiales en el siglo xx, Estados Unidos empuja las fronteras hasta el Asia y la propia Europa Occidental quedando la del Este bajo hegemonía soviética. Se impone la más

grande globalización de la historia con el reparto del mundo entre potencias con ideologías occidentales: la capitalista y la comunista. Ambas se disputaron la hegemonía total del planeta.

En 1847, vencido México, se planteó de inmediato el problema del tamaño de la anexión: ¿anexarse la totalidad del territorio mexicano? "Todo México": posibilidad que ya plantea diferencias entre los estados del norte y los del sur de Estados Unidos. El obstáculo central está en el cumplimiento de las condiciones establecidas por Jefferson para ampliar la ínsula de libertad y prosperidad: no involucrarse con gente extraña. Obviamente la población estadounidense no está aún lo suficientemente crecida como para ocupar la totalidad del territorio ganado, para expulsar a los mexicanos.

¿Se puede convivir con esta gente? En forma alguna, habrá que esperar más tiempo. ¿La colonización deberá detenerse? No, la ocupación deberá rendir beneficios a sus conquistados, explotando en su propia tierra a los dueños de la misma. Así lo hace ya la Europa Occidental que se ha expandido sobre Asia y África. Europa no podrá desalojar a los millones de habitantes de la India, China, Japón, Persia y el Islam, pero sí ponerlos a su servicio. Cultura, lengua, hábitos y costumbres, pueden permanecer como un gran museo, siempre que no afecte los intereses de sus conquistadores y colonizadores. Estados Unidos tendrá que hacer lo mismo.

El mundo occidental, Europa y Estados Unidos, se expanden sobre el resto de la tierra, buscando vacíos por llenar y cuando no lo están, manipulan para obtenerlos. Estados Unidos, al extenderse en Norteamérica, va quitando a los naturales con los que se encuentra, nómadas irredentos, y cuando necesita mano de obra los sustituye por africanos esclavizados. A los primeros sólo cabe destruirlos o acorralarlos. Los segundos serán imprescindibles. Los Padres de la Nación, Washington y Jefferson, poseen esclavos cuyos derechos no están considerados en la Declaración de Independencia. Los esclavos imprescindibles son incluso llevados consigo al expandirse sobre México, en donde la esclavitud ha sido abolida. Pero ¿qué hacer con los mestizos de indio y español que habitan los territorios al sur? Si son pocos pueden ser utilizados como se hace con los asiáticos en el Pacífico. La mano de obra barata puede ser tan buena como la esclava. Esta gente puede hacer el trabajo sucio que no va con la dignidad de los blancos, anglosajones y puritanos.

La ínsula de libertad y prosperidad puede ser ampliada en beneficio de exclusivos señores con la bendición de la Providencia.

Así se expande, aunque al mismo tiempo, sin proponérselo, van llevando en sus propias entrañas gente diferente. Esta gente va penetrando en un mismo territorio ganado por los estadounidenses en el mismo sentido que Jefferson lo proponía a los anglosajones para llenar los vacíos existentes. El "pequeño género humano" del que hablaba Bolívar se va así acrecentando al otro lado de las fronteras que empujan los estadounidenses. Penetra en las entrañas de los expansivos Estados Unidos un mundo multirracial y multicultural formado por africanos, mestizos y asiáticos. La raza cósmica de la que habla José Vasconcelos. Así, dos siglos después, al finalizar este siglo xx se va haciendo patente en los Estados Unidos, y el resto del mundo occidental, una nueva globalización. No es ya la imperial que se puso en marcha en 1492, sino la que ahora pone en jaque la globalización impuesta por el imperialismo y amenaza devorarlo.

En 1989, casi al finalizar el siglo xx, se recuerda el bicentenario de la Revolución Francesa como antes, en 1776, de la estadounidense. Se habla de la Revolución Francesa como el inicio de una gran revolución que abarcará a toda la tierra de la que es parte la Rusa de 1917. El líder de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, habla de la compatibilidad de los sistemas que la guerra fría mantiene enfrentados. El modo de vida capitalista es compatible con el modo de vida socialista, es un modo de vida compartido por un mayor número de hombres y no sólo de una privilegiada minoría. La libertad es compatible con la justicia que ha de equilibrar las relaciones que ineludiblemente guardan entre sí los individuos. Se apunta la realización de viejos sueños y utopías latinoamericanas como la nación de naciones de Bolívar y la raza de razas y cultura de culturas de Vasconcelos. Desaparecen las ínsulas, sólo un gran mundo formado por todos los pueblos de la tierra a partir de su diversidad. El hombre no es ya una abstracción, sino un ente concreto y múltiple. No existen hombres por excelencia, sino simplemente el género humano como suma de diversidades.

Paralelamente, frente a la emergencia de esta nueva globalización surgen las resistencias. Las de las mismas personas y pueblos antes dispuestos a asimilar en su beneficio en la totalidad de la tierra y que ahora se resisten a ser devorados por esa misma diversidad de gente que llevaron a sus entrañas y que en vano tratarán de marginar. La gente que antes justificaba su expansionismo como señal del Destino Manifiesto de una generosa Providencia se enfrenta ahora a la ola que regresó y los envuelve, penetrando y anulando las pretensiones de una identidad que considera inalterable. Esta gente habla ahora de defender sus fronteras, su raza, cultura, idioma,

religión. Habla del derecho a ser distinta. El mismo derecho que antes le había permitido imponerse a esos otros y ahora lo usa para protegerse. En su defensa levantan altos muros para no dejar entrar, que sustituyan a los que había levantado el comunismo para no dejar salir. En América, dobles murallas para que no entre gente de la otra América, se usan los mismos argumentos degradantes que antes se invocaron para invadirlos. Gente frente a la que antes no se consideró necesario definir su propia identidad y que ahora se define para impedir ser absorbida. Se va perfilando una nueva forma de integración o globalización, ya no la imperial, la vertical, que hizo crisis al término de la guerra fría. Una globalización horizontal, necesariamente solidaria para el logro de algo común. Ya no más ínsulas, sino un planeta entero, libre y próspero.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Sobarzo, Alejandro, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador en la guerra del 47*, México, FCE, 1996.
- Weinberg, K. Albert, *Destino manifiesto*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- Zea, Leopoldo, *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza, 1976.